

En transición

Carlos Alonso Zaldívar

Vivimos tiempos turbulentos. Hay algunas cosas positivas a la vista, como las conversaciones de paz sobre Oriente Próximo, pero lo negativo marca el tono de la situación. Acabada la guerra fría, ¿no iba a ser todo mejor, no se iba a establecer un nuevo orden mundial? ¿Se ha establecido, por el contrario, un desorden generalizado? En realidad, no tenemos ni nuevo orden mundial, ni desorden generalizado. Simplemente terminó un orden y el mundo está en busca de otro. El viejo orden de la guerra fría ha desaparecido y gracias a ello se ha reducido el riesgo de guerra nuclear y centenares de millones de personas han visto aumentada su libertad. Es decir, se han abierto nuevas y magníficas oportunidades. Pero, de momento, son sólo eso, oportunidades, y las realidades que nos rodean no son tan magníficas. Son malas o confusas. No se ven soluciones fáciles para la situación en la antigua Yugoslavia. Rusia y las principales repúblicas ex soviéticas están manejando sus serios problemas pacíficamente pero todo parece pender de un hilo. No está resuelto si la CE en pleno va a ser capaz de aprobar el Tratado de Maastricht. Tampoco está claro cómo va a ampliarse la Comunidad. El Sistema Monetario Europeo ha pasado la peor tormenta de su historia y ha quedado resentido. Alemania tiene un delicado problema con la inmigración y los grandes partidos tienen dificultades para resolverlo. Inmigrantes africanos y magrebíes llegan también a nuestras playas, en algunos casos muertos. El hambre hace estragos en Somalia. Aparece un terrorismo indiscriminado en Argelia. Los EE UU, durante su campaña electoral, han producido señales confusas sobre el futuro de su política exterior. No concluyen las negociaciones del GATT y penden grandes incertidumbres sobre las perspectivas del comercio mundial. Y, de telón de fondo, una crisis económica que se prolonga en los EE UU, que se agrava en Europa y que también alcanza a Japón. Como siempre, tendremos que esperar todavía un tiempo para que los economistas nos

Carlos Alonso Zaldívar, diplomático, ingeniero aeronáutico, es director del Departamento de Estudios del Gabinete de la Presidencia del Gobierno español.

predigan el pasado, explicándonos por qué en 1991 descendió el producto mundial por primera vez desde 1945 y por qué en 1992 descenderá todavía más, aunque casi todos habían anunciado lo contrario. Mientras tanto veremos qué nos depara 1993 sin creer demasiado en lo que las previsiones económicas digan.

La herencia de un siglo trágico

Cuando se acaba un orden y todavía no se ha alcanzado otro, se produce una transición. Esto es lo que vive el mundo en nuestros días y conviene saberlo y decirlo. Los españoles sabemos algo de transiciones. Sabemos que son períodos llenos de posibilidades y de peligros. En nuestra reciente transición supimos aprovechar muchas de las posibilidades y evitar los peores peligros. Conviene recordar que a ello nos ayudaron cosas como estar dispuestos a rectificar, esforzarnos en negociar y pactar, ser imaginativos y no cometer errores irreversibles. Estas recetas también pueden ser útiles para aprovechar las posibilidades y evitar los peligros que la actual transición mundial encierra. Una transición de cuyo calado conviene tomar medida. Estamos concluyendo un siglo especialmente trágico. En él ha habido dos guerras mundiales con medio centenar de millones de muertos; dos dictaduras –la de Hitler y la de Stalin– de una crueldad escalofriante; otros fenómenos que también han provocado enormes sufrimientos como el militarismo japonés, el comunismo de Mao, los colonialismos europeos (británico y francés destacadamente), y el intervencionismo estadounidense en Latinoamérica y Vietnam. Y durante este siglo, cuando y donde no ha habido “guerra caliente”, la alternativa ha sido una “guerra fría” basada en el “equilibrio del terror” que ha teñido nuestra cultura política con elementos de rigidez y cinismo.

Estamos cerrando, pues, un siglo terrible. Pero ¿ha tenido algo de bueno? Sí. Creo que, al menos, tres cosas muy importantes:

1. Desde los años sesenta los líderes políticos (sobre todo los de la Unión Soviética y de los Estados Unidos) empezaron a comprender que la letalidad de las armas nucleares descartaba la guerra como opción viable para arreglar diferencias entre naciones. Este entendimiento es el que, a la postre, ha hecho posible el fin de la guerra fría y cabe esperar que también se traduzca en hacer retroceder el recurso a la fuerza en la vida internacional.

2. A partir de los años cincuenta se ha ido creando un alto grado de comprensión en los pueblos europeos de que había que terminar con la afirmación de sus sentimientos, intereses y derechos nacionales, de

manera unilateral y por vía de hechos consumados, y que valía más la pena avanzar en la búsqueda de acuerdos entre naciones y en la experiencia de compartir soberanía a escala europea. Esto es lo que en su día permitió la reconciliación entre Francia y Alemania, y lo que ha hecho posible después la creación y desarrollo de la Comunidad Europea y la resolución de muchos problemas, no a base de mover fronteras y desplazar personas, sino muy al contrario, respetando las fronteras y facilitando que la gente se mueva libremente a través de ellas.

3. Herencia de este siglo es también un modelo de organización política que, dando prioridad a los derechos del individuo sobre los de la etnia, la clase, el grupo religioso o la tribu, ha permitido a algunas sociedades disfrutar de los más altos niveles de libertad y convivencia conocidos en la historia. Y un modelo de organización económica y social que, combinando la eficiencia del mercado con garantías de equidad por parte del Estado, ha producido sociedades con los más altos niveles de riqueza, bienestar e igualdad existentes en el mundo.

Estas tres experiencias constituyen la herencia valiosa de un siglo trágico. Pues bien, cuando iniciamos una transición hacia otro siglo, hacia otro orden mundial, conviene tener presente lo anterior. La receta es clara. Hay que preservar y acentuar la restricción del recurso a la fuerza en las relaciones internacionales, la limitación de la exaltación nacional contra terceros y el respeto a la libertad ya la propiedad del otro y del conjunto. Hay que evitar que durante esta transición levanten cabeza de nuevo, la tendencia al uso de la violencia armada, las intransigencias nacionales y las dictaduras de clase, de etnia, de religión o la dictadura del dinero.

Un mapa para orientarse

Para moverse en este mundo en transición, además de la referencia que en materia de valores ofrece la experiencia pasada, conviene disponer también de un mapa de las realidades que tienden a emerger en el futuro. En este sentido, en nuestro mundo se puede apreciar la existencia de tres núcleos de iniciativa económica, cultural y política –la CE, los Estados Unidos y Japón– y la tendencia de estos tres núcleos a vertebrar sus periferias formando áreas con relaciones internas preferentes o en todo caso muy intensas. Así, en el horizonte apunta un “área europea” que además de la CE incluye también los países de la EFTA y se proyecta sobre los países de Europa central y oriental, los países de la ribera sur del Mediterráneo, y puede alcanzar a Rusia y a otras repúblicas ex soviéticas;

un “área americana” que además de los EE UU incluye Canadá, México, Centroamérica y el Caribe y presenta una dinámica de extensión hacia América del Sur en general; finalmente se diseña un “área asiática” con su centro en Japón y también en Corea, y Taiwán, y con una fuerte proyección hacia los países de la ASEAN y sobre China.

Los núcleos de estas tres áreas suman unos 1.100 millones de habitantes que tienen rentas *per cápita* superiores a los 7.500 dólares y poseen casi dos tercios de la riqueza mundial. Las periferias que tienden a articularse en torno a los tres núcleos anteriores suman unos 3.300 millones de habitantes con rentas que oscilan entre los 750 y los 7.500 dólares *per cápita* y un tercio de la riqueza total. De lo anterior se deduce que fuera de las tres citadas áreas de vertebración queda (además de algunos grupos de países como los del golfo Pérsico, Australia y Nueva Zelanda) sobre todo un “resto” de 1.100 millones de habitantes con rentas inferiores a 750 dólares *per cápita* y poseedores de sólo un dos o tres por cien de la riqueza mundial. Estos seres humanos se concentran sobre todo en el África Subsahariana y en Asia del Sur.

No hay que perder de vista además que hoy la población de la Tierra crece al ritmo de un 1,7 por cien anual lo que significa unos 90 millones de personas, más de dos Españas, al año. El futuro de estas próximas generaciones quedará marcado por su lugar de nacimiento pero también, si no se evita, por problemas ecológicos que los empujarán hacia el “resto”.

A la vista de este panorama, se diría que la transición en que estamos embarcados va a ser un período en el que deberán ir encontrando solución problemas de tres tipos diferentes. En primer lugar, los problemas de estructuración y estabilización de cada una de las tres grandes áreas citadas. En segundo lugar, los problemas de relación de estas grandes áreas entre sí. Finalmente, el problema de la supervivencia del “resto”; un “resto” que puede verse paulatinamente reducido o bruscamente ampliado según como se resuelvan los problemas anteriores, “resto” que se hace universal cuando se extiende a las futuras generaciones. Concretando más se podría decir que los principales problemas de la transición que vivimos incluyen: la estructuración y estabilización de Europa y de su entorno mediterráneo; el establecimiento de un marco de relaciones mutuamente aceptadas entre los países de gran población y alta actividad económica del Pacífico asiático; la revisión y redefinición del papel internacional de Estados Unidos y, por lo tanto, de sus relaciones con los restantes países americanos, con la Comunidad Europea y con Japón, sin olvidar a Rusia y China. A esto hay que añadir el problema dramático de cómo acudir en socorro de los mil millones de africanos y asiáticos atrapados en la enfermedad y la miseria; y el problema nuevo de cómo

actuar sobre la demografía, la tecnología y la economía para no hipotecar con desequilibrios ecológicos la vida de las próximas generaciones.

Pero aunque cada uno de estos problemas presente un perfil diferenciado y se localice preferentemente en un área, su tratamiento remite en cada caso a todos los demás. Las áreas que se han citado se interrelacionan y además se solapan. Así, sobre Rusia influyen e influirán los EE UU y también puede nacerlo Japón, del mismo modo que Rusia influye sobre el Pacífico asiático y Asia central. Por otra parte no sólo lo que hace EE UU tiene repercusiones sobre Latinoamérica, también las tiene lo que hace o no hace Europa y, cada día más, Japón. En cuanto a las relaciones entre EE UU y Europa difícilmente pueden ser más intensas. En la vida real los problemas que el análisis diferencia y separa, se concretan y estallan, hoy en Yugoslavia, Argelia, Perú, Camboya, Tajikistán o Somalia y mañana, quién sabe si en las Kuriles, Ucrania, China, Brasil o Nigeria. Pero antes de enredarnos aquí o allá, procedamos echando un vistazo a los grandes problemas.

Asia: las manchas del Sol Naciente

Comencemos por lo más alejado, el Extremo Oriente. Japón, Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong-Kong, Indonesia, Malaisia, Tailandia son países que llevan años creciendo por encima del seis por cien. Algunas de las provincias del sur de China también lo hacen y en un próximo futuro podría hacerlo todo el país y, por qué no, Vietnam. Estamos hablando de muchos millones de habitantes –más de 1.500– y de un área donde Japón ejerce una gran influencia. Japón ha creado un modelo económico con éxito y con arrastre. Ofrece los mejores resultados del mundo en crecimiento, inversión, investigación y educación y está marcando una pauta que siguen otros importantes países de Asia. Además Japón ha pasado a ser el primer donante mundial de ayuda exterior. Pero al mismo tiempo, Japón es un país que, por su pasado, para muchos de sus vecinos carece de legitimidad. Esto envenena los conflictos que produce su pujanza comercial y tecnológica y convierte en un problema delicadísimo el aumento de su peso político y militar.

¿Sabrá entenderse Japón con sus vecinos? En la última guerra mundial les agredió, durante decenios les ha ignorado y ahora, cuando su expansión comercial le lleva a tratar con ellos, a veces da la impresión de considerarlos inferiores. Japón es un país que no ha resuelto todavía la relación con su pasado. Tiende a ignorarlo y cuando se hace presente genera agrias controversias. Sin resolver su problema con el pasado,

Japón no resolverá sus problemas con sus vecinos. Véase el asunto de las Kuriles. Japón tiene también problemas con sus competidores. Desde Estados Unidos y desde Europa se le suele reclamar que cambie su comportamiento económico. El hecho es que Japón con el *toyotismo* ha revolucionado la organización de la producción haciéndose competitivamente superior a sus rivales y con el *keiretsu* ha establecido un sistema de propiedad y de gestión que protege sus mercados y bloquea la inversión extranjera. Pero Japón no está interesado en un conflicto frontal con sus competidores. Su falta de materias primas, su dependencia de mercados exteriores y la mala imagen que posee, le hacen muy vulnerable desde el exterior. Además dentro de Japón los consumidores, los subcontratistas y los jóvenes, tienen intereses y manifiestan inclinaciones que pueden alterar algunas pautas básicas del modelo japonés. Un crecimiento basado en la exportación y en la austeridad interior, también tiene sus debilidades. El reto para Japón es conservar lo que da empuje y vigor a su modelo (la calidad y la innovación) y eliminar lo que genera hostilidad (sus aspectos antisociales, mercantilistas y tecnocráticos). No es un reto fácil.

Japón enfrenta además otro reto difícil: redimensionar su influencia política y militar en la escena mundial. El papel internacional de Japón durante los últimos decenios ha estado marcado por su tratado de 1960 con los EE UU y su política de los cuatro “noes”: no nuclearizarse, no exportar armas, no enviar tropas fuera, no superar el uno por cien del PIB en gastos militares. El tratado del sesenta lo firmaron los EE UU con un Japón que era para ellos un país importante estratégicamente y marginal económicamente. Hoy ocurre lo contrario. Algo tendrá que cambiar aquí. Pero si cambia la relación militar con los EE UU, tenderá a cambiar también la política de los cuatro “noes”. Esta política representa la negación del militarismo de preguerra y para muchos japoneses constituye la esencia de la democracia japonesa. Crear un nuevo consenso sobre la futura dimensión militar y papel internacional (ONU, ayuda al desarrollo) de Japón, no va a ser fácil, ni dentro de Japón, ni entre sus vecinos. La paz reina en esta parte del mundo pero, desde Singapur hasta China, todos están comprando armas.

Entre estos vecinos hay uno especialmente importante: China. ¿Será China un pato volando tras Japón? Difícil. ¿Levantará China el vuelo por su cuenta? Más difícil todavía. ¿Será incapaz de levantar el vuelo? Malo. Y si no puede hacerlo entera, ¿se romperá China? Peor.

Estados Unidos: renovación o declive

Los EE UU viven una situación abierta a nuevas oportunidades derivadas del hundimiento del comunismo en la URSS. Viven también una situación con nuevas necesidades derivadas de su pérdida relativa de peso económico y del pésimo estado de sus finanzas nacionales. Viven, pues una situación abocada al cambio, en la que predicar un continuismo feliz no tiene sentido y, de hecho, ha dejado de ser aceptado por la población. Los EE UU están abocados pues a elaborar una nueva definición de su papel en el mundo. Este nuevo planteamiento tendrá que conceder tanta importancia a los asuntos de economía internacional como a los de seguridad internacional. Esto complica su elaboración y puede hacer que sus resultados presenten acusadas diferencias respecto a lo que nos hemos acostumbrado a ver durante los últimos decenios.

En materia de seguridad internacional el debate cubre un amplio espectro de posiciones que van del aislacionismo (Buchanan y el Instituto CATO) pasando por el unilateralismo (Kraushammer y la Fundación Heritage) y el multilateralismo (Fundación Carnegie), hasta la seguridad colectiva (Fundación Stimson). Ahora bien, las posiciones políticas se concentran en el área de lo que hemos llamado multilateralismo, hacia la que tienden tanto los moderados republicanos (Bush) como los demócratas centristas (Clinton). De todas formas hay sensibilidades muy distintas entre aquellos que ven el futuro en un sentido positivo y ascendente y los que tienen una visión más cíclica de la historia. Para los primeros la perspectiva dominante es un mundo con menos guerras y más democracia. A ello contribuye el fracaso del comunismo, la reducción del peso de los estados, el aumento de la interdependencia económica y la amenaza latente de la alta letalidad del armamento moderno. Quienes tienen una visión más cíclica de la historia, consideran que los próximos años pueden parecerse más a los anteriores a 1945 que a los posteriores a esta fecha. Es decir, creen que se producirá un aumento de la violencia y de las tensiones, derivado del fortalecimiento de los nacionalismos, del enfrentamiento entre distintos modelos de capitalismo y de la existencia de un tercer mundo depauperado.

En materia de economía internacional el debate incluye manifestaciones favorables al neomercantilismo, al proteccionismo comercial e industrial y a la liberalización multilateral. Hay consenso sobre algunas de las cosas que le conviene hacer a EE UU para situarse en mejores condiciones dentro de la economía internacional: recomponer sus equilibrios macroeconómicos, cortando el consumo, aumentando las inversiones y reduciendo el déficit. Pero no está claro quien va a ser

capaz de hacerlo. Otras cosas como la necesidad de aumentar la productividad suscitan un gran debate sobre la mejor manera de hacerlo: si fiándolo todo al mercado o con ciertas medidas de política industrial. Finalmente hay una dicotomía de fondo entre los que asumen la inevitabilidad de una cierta dependencia de la economía estadounidense respecto a la global, y los que conceden prioridad a mantener la máxima suficiencia económica de EE UU. El asunto se vuelve especialmente delicado cuando se plantea en relación con Japón.

¿Cómo se van a resolver estos debates sobre economía y sobre seguridad? ¿Hasta qué punto van a producir resultados compatibles? Estos son problemas que todavía están plenamente abiertos. Un período de campaña electoral es el menos proclive para abordar con rigor estas cuestiones. Pero además, en la pasada campaña electoral se ha puesto de manifiesto que en la vida doméstica de los EE UU existe un alto grado de incertidumbre política, un decreciente nivel de legitimación democrática y un creciente riesgo de disgregación étnico-racial. Y esto indica que cualquier renovación del papel internacional de los EE UU debe partir de un proceso de reintegración nacional. Si la nueva administración no pone en marcha un proceso así, los EE UU puede entrar en un confuso período de fragmentación nacional y de declive internacional. En una hipótesis más optimista, el Gobierno y la sociedad estadounidenses revitalizarán su voluntad de liderazgo y buscarán formas nuevas de ejercerlo en un mundo distinto. En todo caso, tienen por delante una prolongada tarea de reflexión y renovación.

Consenso sobre Europa o conflicto entre europeos

Se ha escrito que, cara al siglo XXI, y en relación con los EE UU y con Japón, Europa tiene una estrategia ganadora si es capaz de resolver dos cuestiones: su progresiva integración económica y política y la ampliación de la actual Comunidad a nuevos países europeos. El resultado de ambos procesos terminará creando el mercado más grande, con más capacidad adquisitiva, más cualificado y en mejor posición para relacionarse con otros, así como la moneda más creíble. La combinación de eficiencia y equidad propia de las economías europeas, será atractiva como modelo y la voz de Europa tendrá notable peso en las relaciones internacionales. Ahora bien, resolver los problemas de ampliación e integración es algo que a Europa no le va a resultar fácil y que, en el plazo inmediato, va a exigir sacrificios a los europeos.

De hecho, hoy, el clima europeo está menos marcado por esa atractiva promesa de futuro conjunto, que por una serie de crisis nacionales. Las democracias europeas ya no se sienten amenazadas desde el exterior, pero se resienten de sus propias debilidades. Así tenemos a Alemania sumida en la resaca de la unificación. Antes dos Estados y una nación, hoy un Estado y dos mundos. Francia ofrece síntomas de malestar e incomodidad; no termina de encontrar postura en la nueva Europa. El Reino Unido sufre desgarros por su intento de mantener una pierna en el continente europeo y la otra en la orilla opuesta del Atlántico. Italia ve como poco a poco sus crónicos males se vuelven críticos. Y España, después de quince años de trabajo y tolerancia, empieza a dar muestras de estar algo cansada. Estas crisis nacionales producen fenómenos normales como la propensión electoral a castigar a los gobiernos, fenómenos delicados de deslegitimación de las instituciones y fenómenos graves como el resurgir del racismo, de la xenofobia y de la extrema derecha. Las insolidaridades corporativas, los egoísmos cortoplacistas y las intolerancias culturales, se combinan como producto final en la aparición de nacionalismos que disgregan Estados y agreden a otros Estados.

En la parte oriental de Europa, son precisamente los nacionalismos disgregadores, y en el caso yugoslavo también agresivos, los que están marcando la pauta. Si es cierto que la Comunidad Europea es un sólido factor de estabilidad, también lo es que Europa oriental constituye hoy la región más inestable del mundo. Una región donde en un año tres Estados, la URSS, Yugoslavia y Checoslovaquia, se han deshecho y donde amenazan con extenderse los virus de la disgregación y la violencia. De aquí que, o se genera un consenso sólido en torno a un concepto global de Europa para el futuro, o ese futuro puede volver a estar marcado por enfrentamientos entre europeos. Pero consensuar un concepto global sobre Europa dista mucho de ser sencillo. Los Doce elaboraron uno en Maastricht. Pero aprobarlo está siendo difícil, aplicarlo lo será más y ampliarlo todavía más. Si este consenso fracasa, se, tardará en elaborar otro. Europa se quedará sin programa para esta década y la falta de referencia aumentará los riesgos.

Además, no todo depende de los Doce. De los Doce depende lo que pase con Maastricht, la ampliación de la CE y, en parte, el establecimiento de nuevas relaciones comerciales (GATT) y defensivas (OTAN-CE) con Estados Unidos. Pero que Polonia y Hungría estabilicen sus economías y sus democracias depende en primer lugar de húngaros y polacos. Que los checos y eslovenos creen países viables o centros de inestabilidad, depende de ellos. Que cese la guerra en Bosnia y no se

extienda, depende sobre todo de los pueblos yugoslavos. Y que Europa entera despeje sus horizontes depende de que continúe predominando el buen sentido en Rusia y en Ucrania y de que no se hagan tonterías en los países bálticos. Por eso mismo, y por primera vez, el futuro de la Europa no comunitaria va a influir tanto sobre el futuro de la Europa comunitaria, como el futuro de la segunda sobre el de la primera. Y aunque muchos no quieran verlo, igualmente entrelazados están el futuro de los europeos y el de sus vecinos mediterráneos no europeos.

La Tierra: creced pero no multiplicaos

Este repaso a los problemas que se plantean en cada una de las tres grandes áreas de articulación mundial, muestra que en todos los casos existen oportunidades y peligros. En Asia, las oportunidades son enormes. Casi un tercio de la humanidad puede alcanzar cotas de bienestar y de libertad que no ha tenido nunca.

Pero los peligros resultan de la misma magnitud. Si por una razón u otra, el hambre y el desgobierno se amplían a mil o mil quinientos millones más de seres humanos, la Tierra se va a volver un sitio muy desagradable. Manejar los problemas planteados en este área asiática del Pacífico reclama un virtuosismo oriental que va más allá de las simples maneras e ideas políticas occidentales. En el mundo americano, los EE UU tienen la ventaja de que la tarea que tienen planteada depende fundamentalmente de ellos mismos. Al mismo tiempo muestran la debilidad de no parecer sentir la urgencia de acometerla y de no apreciar suficientemente la complejidad que encierra. Ojalá esto sea una falsa apariencia. Hay cosas que marcan buenos rumbos como una nueva disposición para relacionarse económicamente con Latinoamérica de la que es ejemplo el Tratado de Libre Comercio con México. Si esta experiencia resulta positiva, probablemente se extenderá e influirá en toda Suramérica. Pero también hay otras cosas que reiteran obsesiones erróneas, por ejemplo hacia Cuba, o que reviven antecedentes condenables, como la pretensión del Tribunal Supremo de amparar la actuación de la policía estadounidense en terceros países. En cuanto a Europa, pasa lo contrario que en los EE UU, existe bastante conciencia de la urgencia que la historia reclama y hay sensibilidad sobre los riesgos que implica la inestabilidad en sus fronteras, por todo ello se ha elaborado un principio de programa europeo para la década de los noventa (Maastricht, ampliación, etcétera), pero la dificultad reside en que para poner en marcha este programa se requiere un amplio y complicado consenso en los países comunitarios, entre los

países comunitarios, con países europeos no comunitarios y con otros países vecinos y amigos.

Para que los tres proyectos, que podemos llamar asiático, americano y europeo, progresen razonablemente bien, resultará clave lograr unas relaciones constructivas entre los EE UU, la CE y Japón. Relaciones constructivas quiere decir relaciones en las que los factores de cooperación prevalezcan sobre los elementos de rivalidad, pues en estas relaciones están y se harán presentes ambos tipos de componentes. A su vez, cuanto más predomine esta dinámica constructiva, tanto más fácil será que los tres proyectos progresen y que los problemas de la pobreza y de la enfermedad en el mundo y los problemas del deterioro del ecosistema sean abordados. Esto es así, no como consecuencia de un principio de armonía universal, sino porque la evocada coordinación es necesaria para lograr un mayor crecimiento económico mundial. Dicho bruscamente, todo indica que si los países industrializados no superan en la presente década la cifra del 2,5 por cien de crecimiento medio anual de su PIB, no dispondrán ni de los recursos ni del clima económico que les permita abrir sus mercados a los productos que exportan sus periferias y realizar inversiones que faciliten el progreso económico y la estabilización política de las citadas áreas. Si los países ricos no crecen suficientemente, tampoco atajarán los problemas del hambre y de la enfermedad en África, ni harán las inversiones que requiere la mejora de los estándares ecológicos de la Tierra. Decir esto cuando el crecimiento de los países industrializados amenaza situarse en el uno por cien, significa hacer un llamamiento a la coordinación de políticas económicas entre los Estados Unidos, Japón y los países de la CE con el fin de impulsar el crecimiento. Pero basta mirar las sacudidas que está sufriendo el Sistema Monetario Europeo para comprender que tal coordinación es, hoy por hoy, un objetivo muy difícil de lograr.

Difícil o fácil, parece vital que los grandes países industrializados asuman y compartan la responsabilidad de relanzar el crecimiento mundial en la década de los noventa. Lo que está en juego es abrir la posibilidad de que esos países que forman la periferia de los tres núcleos, esos dos tercios de la humanidad, encuentren una senda de crecimiento que les permita ir incorporándose con suficiente base autónoma al sistema de interdependencia que se está creando. Para hacerlo requieren unos recursos iniciales que sólo pueden proceder de la inversión y la ayuda financiera del tercio más rico y unos recursos propios que tienen que generarlos exportando sus productos a los mercados de esos países ricos. Además y por su parte, estos países deben estabilizarse política y económicamente y abrirse en el terreno comercial. Si hacen esto y

reciben los apoyos citados, en este decenio pueden ir saliendo adelante, y la parte de la población mundial cuya subsistencia requiere sobre todo ayuda exterior, puede situarse en cifras manejables. ¡Siempre que no se reproduzca demasiado! Si, por el contrario, los países de los dos tercios intermedios, no son capaces de estabilizarse o no reciben el estímulo inversor y comprador del tercio rico, es de temer que vaya creciendo la población más pobre y sin capacidad de autosubsistencia, lo que hará que también resulte cada vez más difícil proveer a su subsistencia desde fuera.

Economía y estabilidad política

Tras la anterior aproximación global, por fuerza muy abstracta, quisiera detenerme en dos ideas que son de gran trascendencia para Europa. La primera es la importancia de lograr una coordinación de las políticas económicas de los grandes para impulsar el crecimiento. Profundizaré sobre esto a continuación. La otra idea tiene que ver con los nacionalismos y la desarrollaré en el apartado siguiente.

Miremos críticamente lo que está pasando estos días en los países comunitarios. Para entenderlo nada ayuda tratar de buscar un culpable. En mi opinión, hay que empezar reconociendo que casi todos nos equivocamos al apreciar los problemas que implicaba la unificación alemana. En 1990, marcados por la cultura de la guerra fría, por regla general, se consideró que la unificación planteaba delicados problemas políticos y militares y se infravaloró la dificultad económica que encerraba. Para hacer frente a los supuestos problemas militares se satisficieron condiciones como la permanencia de la Alemania unificada en la OTAN, el pago de importantes sumas a la URSS para financiar la retirada de sus tropas y se aceptó un procedimiento de unificación, digamos que sumario. En el orden económico, por el contrario, se tomaron mucho menos en serio los problemas que podían derivarse de la unificación. La Comunidad Europea asumió una ampliación *de facto* sin discutirla y con una confianza que hoy se ve exagerada en la capacidad del capital privado de la RFA para digerir la unificación en cosa de cinco años. Es verdad que hubo voces advirtiendo que no iba a ser tan fácil y que las finanzas públicas alemanas sufrirían tensiones que se transmitirían a toda Europa. Pero estas voces no fueron las que marcaron el tono. Hoy, dos años después, podemos apreciar que los delicados problemas político-militares se resolvieron sin dificultad y que, por el contrario, los descuidados problemas económicos se muestran hasta el momento irreso-

lubles. La unificación alemana, que inicialmente dio un empujón a las economías, ha terminado siendo un freno al crecimiento en toda Europa. Las transferencias de Bonn a los *lánders* del Este no cesan y con ellas crece la presión inflacionista y el Bundesbank responde subiendo los tipos de interés para contenerla. Esto mantiene altos los tipos de interés en los restantes países comunitarios, incluidos los que llevan años de recesión como el Reino Unido o los que tienen sus cuentas saneadas como Francia. El resultado es que Europa no crece y que la situación no presenta signos de mejora, pues la inversión en la Alemania del Este se sitúa por debajo de la de Alemania del Oeste, y las diferencias entre las dos partes de Alemania continúan creciendo. Crece así también el desempleo en el Este y cuando tres millones de parados se encuentran con un flujo anual de 500.000 refugiados aparecen las reacciones xenófobas y racistas.

También nos equivocamos, por regla general, al infravalorar las graves implicaciones de la política de altos déficit de los EE UU mantenida durante toda la década de los ochenta. Hay que bajar los impuestos dijeron los *supply-siders*. Hay que aumentar los gastos de defensa dijeron los *cold-warriors*. Mejor para nosotros, decían desde Europa y desde Japón quienes obtenían un superávit comercial o una buena renta financiera. Peor para ellos decían otros. Pero al final está siendo peor para todos los europeos y nada bueno para los japoneses. La Administración estadounidense para reanimar una economía profundamente endeudada tranquilamente deja caer el dólar y ha puesto los tipos de interés por los suelos. Su economía todavía no se ha reanimado pero la combinación de bajos tipos de interés en los EE UU y de altos tipos de interés en Alemania, ha creado una corriente, mejor dicho, un vendaval monetario que ha azotado a todas las divisas europeas. Las que tenían raíces en una economía menos saneada –la libra y la lira– se han visto arrancadas del Sistema Monetario Europeo. La peseta ha sido capaz de aguantar en el sistema pero devaluándose y restringiendo el movimiento de capitales. El franco –con pleno apoyo alemán– está aguantando pero a base *de* subir algunos tipos de interés, es decir, haciendo lo contrario de lo que Francia desea. Si el vínculo marco-franco se rompe, es de temer, que se termine rompiendo mucho más que una tasa de cambio. Por su parte el yen se revalúa con cifras récord frente al dólar y los japoneses exportan menos justo cuando su economía presenta un crecimiento mínimo en muchos años.

Recordando que sé trata de ilustrar las graves repercusiones que puede tener la falta de coordinación de políticas económicas en este período de transición que estamos viviendo, podemos recapitular lo anterior. Como consecuencia de una incorrecta apreciación de las

dificultades económicas que implicaba la unificación alemana y de los riesgos que conllevaba una prolongada gestión deficitaria en los EE UU, hoy nos encontramos con el Sistema Monetario Europeo seriamente dañado, con un rebrote del racismo en Europa y con una recesión generalizada que mientras no se supere hará imposible atender a las demandas comerciales y financieras de países como Rusia, Polonia o Argelia, por citar tres muy importantes y que atraviesan riesgos evidentes de desestabilización. Si estas desestabilizaciones se producen, los problemas económicos europeos perderán importancia no porque se solucionen, que no lo harán, sino porque pasarán a primer término otros problemas peores. ¿Quién podría haber previsto lo ocurrido? Probablemente nadie. No miremos pues atrás para recriminar pero sí para aprender y sacar lecciones que nos ayuden a seguir adelante. La lección es que para llegar a buen puerto en esta transición turbulenta, se requiere un esfuerzo sin precedentes de coordinación de las políticas económicas entre los grandes y entre los propios europeos. Decimos esfuerzo sin precedentes, pues la coordinación reclamada no debe limitarse a evitar crisis financieras y a procurar la estabilidad de precios, sino que debe abordar también la tarea de relanzar el crecimiento. Esto no se ha hecho hasta ahora pero convendría hacerlo aunque exija a unos abandonar obsesiones sobre los tipos de interés, a otros desmitificar su moneda y a todos ser presupuestariamente rigurosos. No hacerlo puede ser un error irreversible.

Nacionalismos y guerra

Otro tipo de problemas que en Europa se están poniendo de manifiesto en esta transición, son los relacionados con reivindicaciones nacionales y los derechos de las minorías. En muchos casos son problemas con viejos antecedentes y esto induce a buscarles viejas soluciones que, sin embargo y por regla general, ya no son viables. Cuando hace un siglo se construían naciones se trataba de crear unidades políticas estables y con posibilidades de progreso económico. Hoy la mayoría de los nuevos Estados que se quieren crear nacen condenados a ser políticamente inestables y son entidades económicamente menos viables que aquellas de las que proceden. Así ocurre en el caso de las repúblicas ex yugoslavas, y también para la mayoría de las repúblicas ex soviéticas. Muchos de estos nuevos Estados encierran tal heterogeneidad étnica que a veces la “etnia indígena” apenas alcanza la mayoría absoluta (así ocurre en Bosnia, Kazajstán, Letonia, Kirguizia) y en la mayoría de los casos las

minorías representan entre el 30 y el 40 por cien de la población (por ejemplo en Estonia, Tayikistán, Moldova, Uzbequistán, Georgia, Turkmenistán, Ucrania, Macedonia, Montenegro y Serbia). Si Estados así pretenden legitimarse desde referencias étnicas y culturales, no es de sorprender que ello conduzca a discriminar minorías, intentar “limpiezas étnicas” y a base de tensiones y conflictos, eventualmente, a la descomposición. Cabe preguntarse si estos nuevos Estados pueden encontrar otras fuentes de legitimidad que no sean de naturaleza étnica. No hay motivos para ser optimistas. No encontrarán su legitimidad en una mejora de las condiciones de vida de sus ciudadanos, pues, todos estos nuevos Estados están abocados a procesos de reorganización de sus economías que serán prolongados y socialmente dolorosos. Tampoco cabe pensar que, en la mayor parte de los casos, puedan asentar su legitimidad en la adhesión racional a unos principios democráticos que, hasta ahora, escasamente o nunca han practicado y que está por ver si practican en adelante.

Todo lo anterior significa que lo más probable es que muchos de los nuevos Estados resulten entidades sin un sentido claro de sus intereses socio-económicos, que se moverán por impulsos sobre todo ideológicos y estarán en manos de élites poco formadas. Es decir, Estados inestables, con comportamientos difícilmente predecibles y muy proclives a generar conflictos internacionales.

Serbia, Croacia, Georgia, Azerbaiyán, Armenia, Moldova y Tayikistán testimonian ya lo anterior y ello está marcando la vida internacional del último año y marcará la transición que estamos viviendo. De hecho, ésta concluirá de una u otra forma según la manera en que se aborde el asunto de los nacionalismos en Eurasia. Pues bien, hay que decir que hasta ahora lo estamos haciendo mal. Hemos cometido dos errores distintos sucesivamente. El primer error ha consistido en atribuir a antiguos Estados, como Yugoslavia o la propia URSS, más entidad de la que realmente tenían. Desde fuera pensábamos que estos Estados contaban con estructuras y voluntades suficientes para continuar existiendo. Pero a la hora de la verdad, todo se derrumbó y prácticamente nadie salió en su defensa. Cuando este error se hizo evidente, por regla general, corrimos a cometer el siguiente error. Atribuir a los fragmentos de los viejos Estados, mediante reconocimiento diplomático y otras iniciativas, unas presunciones de comportamiento y de consolidación estatal que, en muchos casos, la realidad está negando. Dicho en breve. Primero apostamos por la vitalidad de estructuras que se revelaron muertas y después apostamos por la trascendencia histórica de unas emociones nacionalistas que hoy pasan por encima de la lógica económica y del

sentido común, pero que mañana, precisamente por eso, pueden terminar dispersadas por el viento de la historia.

Estos dos errores no han sido casuales. Casi eran inevitables. El primero tiene su origen en el realismo conservador, en la preferencia por mantener el *statu quo* propio de los Estados. El segundo nace del idealismo jurídico que alimenta el principio del derecho a la autodeterminación de los pueblos. Es este un principio cuya aplicación requiere algo que no ofrece: una definición de pueblo. Es decir, es un principio que adolece de una petición de principio. Históricamente ha dado buenos resultados en los procesos de descolonización donde no había dudas sobre quienes eran los originarios del país y quienes los colonizadores, de tal forma que el sujeto llamado a autodeterminarse estaba claro. Y aún así, dio buenos resultados porque los autodeterminados aceptaron la obligación de conservar las fronteras que los colonizadores les habían impuesto. En Europa este principio ha servido mucho más para crear disputas que para resolver conflictos y prácticamente no se ha aplicado nunca. Es decir, nunca hasta el último año en que se aplica casi todos los meses. Hay una importante excepción a lo anterior. La República Federal de Alemania durante sus años de existencia consagró el principio de autodeterminación como la base jurídica del proyecto de reunificación de Alemania. Hoy Alemania está unificada y habrá quien piense que ello ha sido gracias al principio de autodeterminación, aunque no es difícil ofrecer otras explicaciones más convincentes.

En todo caso y volviendo al terreno práctico, mi opinión es que cuando los nuevos Estados o candidatos a Estados piden apoyo, respaldo o reconocimiento invocando el derecho de autodeterminación no hay que denegárselo u ofrecérselo como consecuencia de un análisis de sus credenciales históricas, culturales, etcétera, sino que hay que decirles claramente que si se proponen autodeterminarse pacífica y democráticamente, sin alterar ni crear fronteras por la fuerza y ofreciendo garantías suficientes a sus minorías, son muy libres de intentarlo; pero que si se consideran asistidos de un derecho a usar la fuerza, violar fronteras y discriminar por razones de etnia, cultura o religión, no sólo no les reconocemos tal derecho sino que nos opondremos a sus pretensiones.

Este enfoque que, por contraste con el realismo conservador y con el idealismo jurídico, podríamos llamar "realismo transformador" no oculta que se propone influir activamente para evitar la creación de Estados inestables y conflictivos y para ayudar a que los nuevos Estados que se creen sean estables y democráticos. La manera de hacerlo es recordar a quienes quieren ser nuevos participantes en las organizaciones

internacionales europeas que la experiencia de este continente nos ha enseñado que las reclamaciones territoriales hay que negociarlas pacíficamente, que en materia militar hay que ser prudentes, que la estabilidad política requiere democracia, que cuando –como en Estonia– se niega el derecho de voto a un 40 por cien de la población no hay democracia sino *apartheid*, que las cazas de brujas tampoco son compatibles con la democracia y que también consideramos malas costumbres no pagar las deudas, tener déficits descontrolados, sofocar la iniciativa privada, o no ofrecer adecuada protección social a quienes realmente la necesitan. Al recordar todo esto a los nuevos candidatos no hay que ocultar que los países veteranos hemos cometido muchas veces los pecados anteriores. Simplemente hay que decirles que cuando lo hicimos nos fue muy mal, que no queremos repetir la experiencia y que queremos conservar la herencia valiosa de un siglo trágico.

* * *

Este artículo es ya demasiado largo sin ser todavía suficientemente completo. Para ponerle punto final quisiera explicitar lo que me ha movido a destacar los asuntos de los dos últimos apartados. Tanto por lo que se refiere a valorar la trascendencia que en la presente transición va a revertir la cuestión de la coordinación de las políticas económicas, como respecto a la orientación que hasta el momento prevalece en el tratamiento de los nacionalismos, tengo la sensación de que –como dijo Paul Valery–: “Hemos entrado en el futuro de espaldas”, es decir, que avanzamos mirando más el camino recorrido que lo que tenemos por delante. De ser así, es fácil cometer algún error irreversible, es decir, el tipo de errores que hay que evitar en una transición.